Ramón de Ascanio y León

La Noche

Poema

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
BIBLIOTECA
FACULTAD DE DERECHO Y LETRAS

Poesías místicas

POESIAS VARIAS

1927

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

POESIAS

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La Noche

POEMA

POESÍAS MÍSTICAS

POESÍAS VARIAS

POR

RAMÓN DE ASCANIO Y LEÓN

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Emp. de Suc. de M. Curvelo-Laguna

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A Elena

En el 50.º aniversario

de nuestras Bodas.

Ramón

Febrero 22 de 1927.

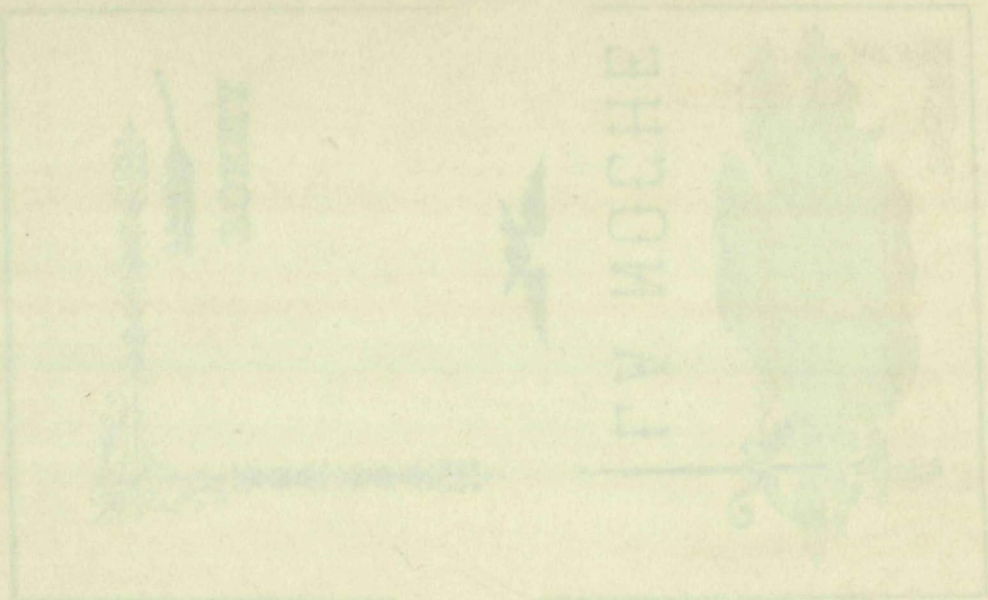
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA NOCHE

POEMA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

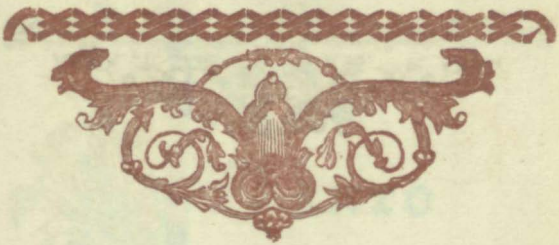
INTRODUCCIÓN

Venid a mi conjuro desaladas,
vosotras, Ninfas de la selva umbrosa,
que en alfombra de flores, recostadas,
miráis la vida por la cara hermosa.
Dejad vuestras canciones arrolladas
a las cuerdas de cítara armoniosa,
y acudid cada cual con su presente
que ansío de la Noche orlar la frente.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Buscad para su faz, dulce, serena
flores que tengan tonos de armonía,
cual esos con que a un ángel Dios ordena
pintar las nubes cuando luce el día;
tonos que encuadren con un alma buena
que al peso de su cruz cayó en la vía,
y agotada, sin fuerzas, quedó inerte
junto al lindero de la infausta muerte.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



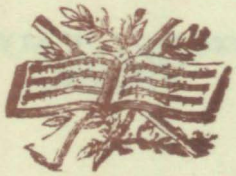
Los campos, con doradas canastillas,
recorred al albor de la mañana.
No despreciéis silvestres florecillas,
que es la humildad de la belleza hermana;
ni al cortar las violadas campanillas
el licor derraméis que el cáliz mana...
Formad con todas la corona bella
con que habréis de ceñir las sienes de ella.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Ven, ¡Eüterpe! ven, de la floresta
donde ensayas tus nuevas creaciones!
¡Ven, con tu dulce, divinal orquesta,
que ansiando estoy sentir sus vibraciones
mientras subo del Pindo la agria cuesta
a todo el galopar de mis bridones!...

. . . . . .

Y empiezo ya, mojando en triste llanto
la pluma con que escribo este mi Canto.



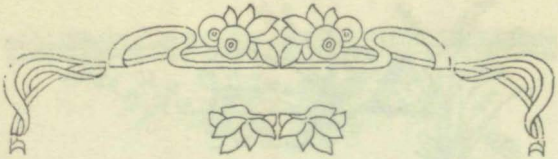
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CANTO PRIMERO

I

Puesta en alto la mirada,
contemplando su palacio,
la Noche avanzó despacio,
por honda pena agoviada...
De pronto, determinada,
pidió sus alas al viento;
y a través del firmamento,
apagando fué con ellas
las brillantes luces bellas
del colosal Monumento.

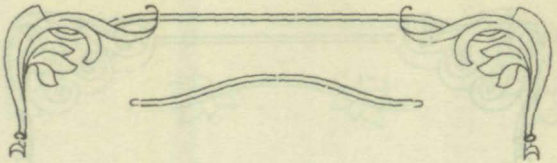
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



II

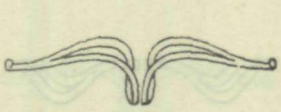
Continuando su carrera,
casi a obscuras, hacia Oriente,
bajo una idea insistente,
el rumbo tomó certera.
Y al acercarse a la esfera
de Venus, la Diosa amante,
preguntóle si radiante
el Sol su luz derramaba,
o entre sombras ocultaba
los destellos de diamante.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



III

Venus la dijo: a esconderte
vé do nunca llegue el Sol,
que a lo lejos su arrebol
pregonando está tu suerte.
¡Ay, triste! ¡Pregón de muerte!...
Huye, al punto, que ataviada
y de clara luz nimbada,
en su carro, que el Sol dora,
corriendo viene la Aurora,
en pugna con la Alborada.



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

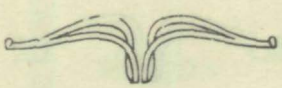
IV

El silencio por respuesta
dió la Noche, en su quebranto.
Y vertiendo triste llanto
salió, como flecha puesta
en elástica ballesta,
hacia la Osa Mayor.
Y al ligero resplandor
de rojas brasas, vibrantes
en muertos astros errantes,
vió al Pegaso volador.

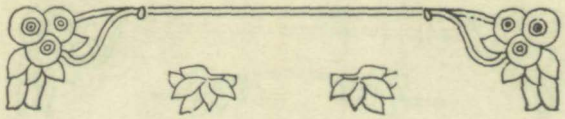
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

V

¿Qué hacer? ¿Seguir su camino,
cuando exhausta, quebrantada
podía verse parada,
sin llegar a su destino?...
Pensó bien; que desatino
juzgó que fuera, o locura,
continuar tal aventura
con el remedio a la vista:
y poniéndose en la pista
al caballo fué segura.



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



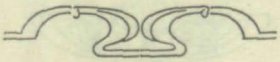
VI

Llamóle, alzando la mano,
y fué al punto obedecida;
no extrañando esta acogida
en caballo veterano.
Sin perder el tiempo en vano
la Noche asió de la crin,
hizo del manto cojín,
y saltando sobre el lomo
quedóse fija y a plomo,
como recio paladín.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

VII

El bruto piafó impaciente
con el belfo desprendido;
puso al mando atento oído;
engalló la noble frente;
y botando de repente
sobre su parte postrera,
emprendió veloz carrera
por el mundo sideral,
sintiendo siempre el puñal
de un grito, que le exaspera.



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

VIII

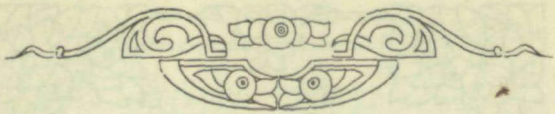
Cuánto ella más le azuzaba
más violento se ponía,
más en sus venas sentía
un fuego que le abrazaba.
Las narices dilataba
olfateando el sendero;
era su boca un brasero
brillante en la obscuridad;
y al pisar con libertad,
de chispas lanza un reguero.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

IX

Sudando el cuello extendido,
en alto la cola al viento,
firme la Noche en su asiento
y con el cuerpo abatido,
Pegaso, a escape tendido,
cual si volara corría,
ya que sus alas abría
y a las del aire juntaba:
con ello más avanzaba,
huyendo del claro día.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



X

¡Qué de millas vió pasar,
en lucha con el espacio!
¡Con qué pena en su palacio
ni una antorcha vió brillar!
¡Ay! que nunca imaginar
pudo, la luz de Perseo
en las sombras del Leteo;
ni la rutilante Lira,
que junto con Vega gira,
a los pies, rota, de Orfeo!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XI

La tierra, al fin, divisó;
y buscando una llanura
fué descendiendo de altura
hasta que el suelo tocó.
Y con tal furia embistió,
que al fijar los recios cabos,
(a su voluntad esclavos)
las rodillas se vencieron
y en la arena se perdieron,
como dos agudos clavos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XII

Saltando por las orejas
la Noche vióse en el suelo.
Recogió su manto y velo;
y oyendo las tristes quejas
de Pegaso, con sus viejas
manos, haciendo de bridas,
vió del bruto desasidas
las rodillas, y ya al aire,
que se alzaban con donaire,
en fe de no estar dormidas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

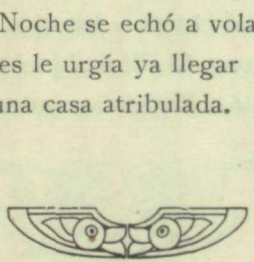
XIII

Limpió con su propio manto
el sudor del animal;
dióle a beber un cordial
que le quitase el quebranto;
y no pudiendo su llanto
de gratitud esconder
(ya que, al fin, era mujer)
aplicó el velo a los ojos,
y cayendo allí de hinojos
sintió a Pegaso ascender.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XIV

Sóla quedó: no salían
del sueño aún las tinieblas,
y vaporosas las nieblas
en hondos valles dormían.
Copos de nieve caían
sobre la tierra agostada;
y en su manto arrebujada
la Noche se echó a volar,
pues le urgía ya llegar
a una casa atribulada.



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XV

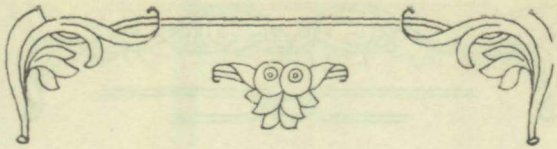
Rindió el viaje felizmente;
y de nuevo a un pequeñuelo,
por quién ardía su celo,
se puso a airearle la frente;
marchando, luego, doliente,
a un apartado rincón
para darse a la oración.
Y pues en ella perdura
observemos, sin premura,
este hogar, como es razón.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XVI

A duras penas derecho,
sobre piso con baldosas,
del diario trajín untuosas,
revuelto mírase un lecho;
dónde, pendiente del techo,
vierte su luz amarilla
temblorosa lamparilla;
descubriéndose un bajel,
privado de timonel
y en rocas dando la quilla.

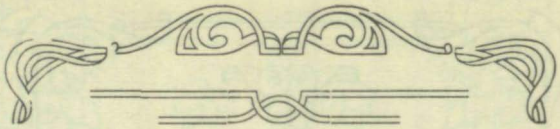
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



XVII

Allí, una infeliz mujer,
convulso el pecho, lloraba
porque al hijo que adoraba
no le puede complacer.
Que es cosa bien triste el ver
un infante en la agonía,
pidiendo una gota fría
para refrescar su boca,
y exclamar cuanto la toca:
¡dámela, madre, más fría!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



XVIII

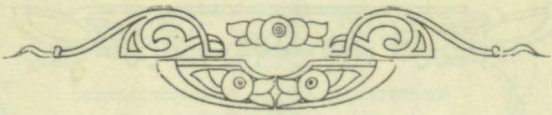
Allí, con la barba hirsuta,
hosca la obscura mirada,
tras del iris concentrada
en la misteriosa gruta;
como piloto en la ruta
cuando se juzga perdido
y exhala un hondo rugido,
o una pía invocación
(quizás una maldición)
estaba el pobre marido.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XIX

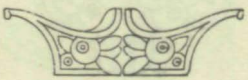
Allí, rendido a su suerte,
de ambar la cara serena,
como dorada patena,
cubriendo cáliz de muerte,
un niño se hallaba inerte,
con los extremos de hielo,
los ojos ya con su velo
y entreabierta la boquita,
puerta donde el alma agita
sus alas para ir al Cielo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



XX

¡Triste cuadro! ¿Qué poeta
podrá llevarlo a su drama?
¿Qué pintor verá la gama
propia, en su rica paleta?
¿Qué sabio hallará la veta
del subido mineral,
que contiene por igual
las lágrimas de una madre,
el hondo dolor de un padre
y una vida angelical?



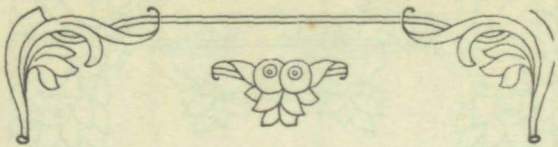
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XXI

Volvamos a nuestro cuento,
que ya la Noche está en viaje,
mas ¡ay! por solo bagaje
el triste eco de un lamento...

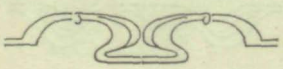
Ella, puesta en su elemento,
cruzó las suaves praderas,
remontó las cordilleras,
penetró en los montes fríos,
navegó sobre los ríos
y del mar vió las riberas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



XXII

Por dondequiera, a su paso,
todo volvía a la vida,
que se hallaba suspendida
desde que el Sol vió el Ocaso.
Y no es de extrañar el caso,
que a los seres en el vuelo
tocando iba con su velo,
y hablando les despertaba,
o bien un grito les daba
cuando en alto iba del suelo.



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XXIII

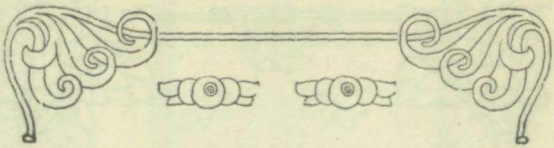
Así, a las flores vistosas
al oído les decía:
mirad que se acerca el día,
no seáis tan perezosas.
Tomad ejemplo en las rosas,
que al alba dejan su nido
para en pliegues del vestido
juntar el rocío cano
y lavarse con la mano
antes que llegue Cupido.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XXIV

Y al pasar por los nopales,
¡eh!, les gritaba de lejos:
oíd estos mis consejos.
Secad los finos puñales
por do el llanto a raüdales
sobre la tierra vertéis;
que de la escarcha que habéis
en vuestras flores abiertas,
de cristales mil cubiertas,
al sol pronto beberéis.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



XXV

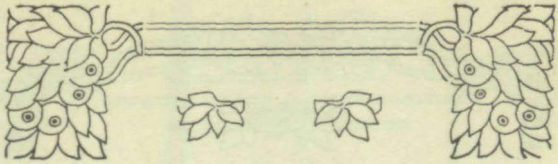
Como la empresa era ruda
y los minutos contados,
a los céfiros alados
se volvió, pidiendo ayuda.
Llegó la gente menuda
y se esparció por la tierra,
desde el llano a la alta sierra;
despertando con sus alas,
que lucen como bengalas,
a cuánto, vivo, ella encierra.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XXVI

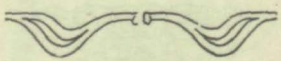
Dejándoles tal faena
(que bien cumplida la harían,
dado el celo que ponían)
la Noche, de angustias llena,
ansiando alivio a su pena,
tras alta roca saliente
de adusta montaña ingente,
halló al fin breve descanso
junto al gracioso remanso
de sonora y clara fuente.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



XXVII

¡Oh fuente! qué regalada,
dijo, es la vida que tienes!
Del rocío te mantienes
en la arena recostada.
Por helechos sombreada
nunca el sol hiere tus ojos.
Todo lo ves sin enojos;
todo es grato para tí;
mientras ¡ay, triste de mí!,
pisando vengo en abrojos.



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XXVIII

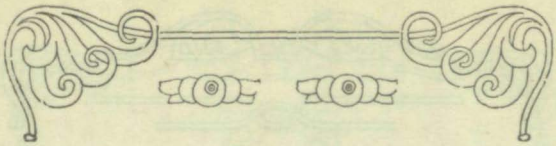
¿Nada me dices?; ¡oh fuente!
¿No me das la bienvenida?
Si de Castalia eres vida;
¡que la halle yo en tu corriente!
Deja que moje mi frente
donde su rostro han lavado
las Ninfas de este collado,
que vienen a tus orillas,
buscando flores sencillas
para adornar su tocado.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XXIX

¡Quién estuviera a la luna,
oyendo tu gorgoteo,
descalza dando un paseo
por tu pequeña laguna!
Y escuchando de Fortuna
las quejas del Bardo errante,
o las coplas que a la amante
le envía al son de su lira,
mientras en las ondas mira
la faz del astro, oscilante.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



XXX

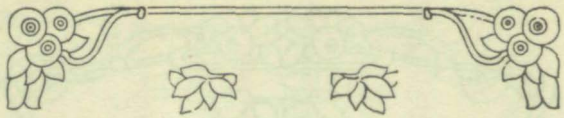
Mas ¡ay, infeliz de mí!
que estas palabras galanas
son como flores tempranas
y en el aire las perdí.
¡Adiós fuente! Dejo aquí,
de la que llevo en mis ojos,
como fúnebres despojos
de un corazón angustiado,
dos gotas, que él ha formado
dentro de sus senos rojos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XXXI

Recogiéndose el vestido
y envuelta siempre en su velo,
emprendió de nuevo el vuelo,
sin rumbo o fin conocido.
Y huelga ya de sabido,
que al hallarse el alma sola
crece más su batahola
y en sus desdichas se abisma,
siempre arañando en sí misma,
cual pez que muerde en su cola.

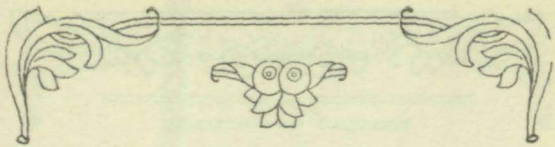
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



XXXII

Así, la Noche volando
cavaba en su pensamiento
y avivaba su tormento,
según iba cavilando.
¿Por qué, decía llorando,
se me condena a la muerte?
Si el no ver es cosa fuerte;
si cumplo yo la condena
de esa perpetua cadena
¿por qué se cambia mi suerte?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



XXXIII

Esto de perder la vida
sin saber nunca el porqué,
cuándo, ni cómo pequé,
es cosa bién dolorida.
Y el pensarlo es como herida
que sanidad nunca adquiere;
es larva, que no se muere,
de gusano corruptor;
es un dejo de amargor
que a mi paladar se adhiere.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XXXIV

Yo no sé como escapar
al filo de la cuchilla.
Dicen que es cosa sencilla
y sólo un frío ha de dar
junto a la nuca, al cortar.
Guillotín así lo dijo;
mas a la prueba, de fijo,
nunca ofreció su garganta;
que en nada alivia el que canta
al que suda en el cortijo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XXXV

Y sin verlo, yo adivino
como bailará la plebe
mirando mi cuerpo leve
a los pies de un asesino.
Cuando escuche mi destino
en boca de altivo gallo,
que va pregonando el fallo
de Tribunal alevoso,
mientras se esponja gozoso
en medio de su serrallo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XXXVI

Morir de muerte violenta,
mirando del hombre zafio
su mueca por epitafio,
no es cosa que lleve afrenta,
mas, sí, espina que atormenta.
¡Si yo pudiera sacarla!
¡Si al mar pudiera arrojarla;
y conservando la vida,
aun cuando fuera dormida,
para los tristes guardarla!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XXXVII

¡Ánimo, pues! La Fortuna
me ayude en la noble empresa!,
que no es pequeña proeza
salir de Estigia laguna.
Y si la piadosa luna
me alumbrase en el camino,
señalándome el destino,
enjugaría mi llanto.

. . . . . .

Mas aquí muere este Canto
y a la luz se abre el vecino.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

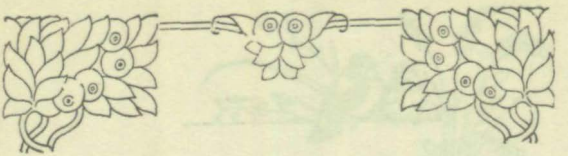
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CANTO SEGUNDO

XXXVIII

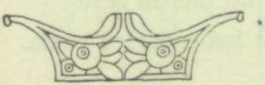
¡Cuánto calma una ilusión!
¡Cuánto una bella esperanza!
¡Con qué gusto el hombre lanza
un peso del corazón!...
¡Y allá va la embarcación,
corriendo y a toda vela!
¿Cuál su fin? ¿Qué es lo que anhela?...
Todo confuso lo ve,
pero no pierde la fe
y por los espacios vuela.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

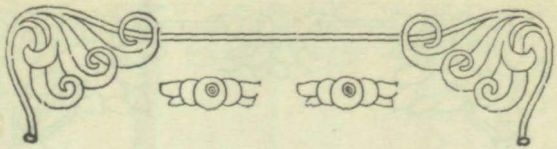


XXXIX

La Noche, así pues, volaba,
llevando por norte o guía
la luz de la fantasía,
que mil cambiantes formaba.
Y en tanto que ella avanzaba,
el torno del pensamiento
arrojando iba en el viento
esperanzas, ilusiones,
dudas y vacilaciones,
con gotas de sentimiento.



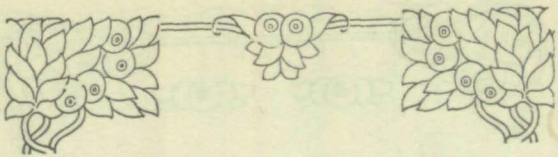
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



XL

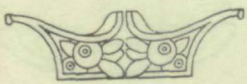
Como ya el tardar le inquieta
las alas bate de prisa,
y bien pronto se desliza
junto a una airosa veleta,
que de manera discreta
con su dedo al hombre advierte,
que es bien mudable la suerte
y que nunca en ella fíe;
que si a la mañana ríe
a la tarde está de muerte.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



XLI

Giró luego en derredor
y ruido sintió de brujas,
danzando tras las agujas
de la Casa del Señor.
Y observando a este tenor
cuánto en la techumbre había,
tropezó en la crestería
con que arquitecto famoso
remate diera al coloso
que a Dios, devoto, ofrecía.

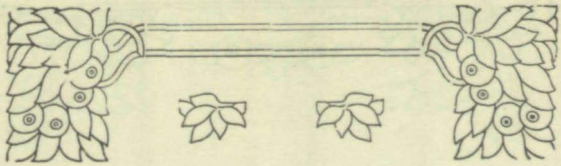


© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XLII

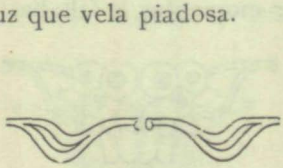
Después que se hubo orientado,
en el templo penetró
y, como quiso, lo halló
en tinieblas sepultado;
salvo que un rayo dorado
de cuando en cuando brillaba.
Y es que una luz expiraba
dentro de claro fanal
porque el óleo vital
por momentos le faltaba.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



XLIII

Con tal resplandor incierto
las columnas se abatían
o bien en alto surgían,
como palmas del desierto.
Y en el fugaz desconcierto,
chocando cosa con cosa,
parecía que furiosa
la tierra mostraba encono
al mirar en abandono
la luz que vela piadosa.

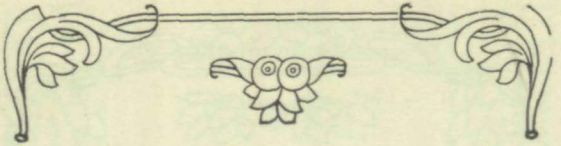


© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XLIV

La Noche, en medio el crucero,
atenta puso el oído,
que escuchar creyó un gemido
en tono bién lastimero.
Y aunque templada al acero,
con pavor vió desprendidas
las losas al piso asidas;
y por el hueco, fulgentes,
sombras de almas penitentes
saliendo despavoridas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



XLV

¿Qué queréis?; dijo temblando.
Y aquellos fantasmas mudos,
de sus carnes ya desnudos,
fueron círculo formando.
Con pausa luego avanzando
se destacó un esqueleto,
el brazo izquierdo repleto
de papeles encendidos,
como del fuego salidos,
y al centro quedóse quieto.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XLVI

Abrió la boca después,
y aunque sin lengua, así dijo:
ya que te tengo, de fijo,
delante el eterno Juez...
(Todos giran a la vez
y hacen crujir la rodilla
en honra a la maravilla
que se guarda en el altar).
Y volviendo a su lugar,
con voz, como de cuchilla

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XLVII

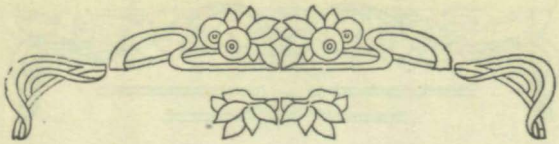
de fino acero forjada,
que llega hasta el corazón
para hacer la disección
de la víscera afectada,
le habló a la Noche callada:
Pidiendo vengo justicia
contra tí, que de malicia,
por desidia o inconsciencia,
tienes sobre tu conciencia
muertes, robos e impudicia.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XLVIII

¿No ves a aquél? Su proceso,
que llevo bajo del brazo,
con detalles narra el caso.
Veinte años estuvo preso
porque con instinto avieso,
a obscuras, en un camino
al otro, que ves vecino,
confiando en la impunidad,
le abrió el pecho por mitad.
¡Eres, Noche, el asesino!

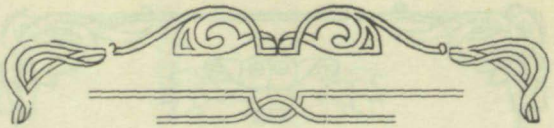
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



XLIX

Vuelve ahora la mirada
hacia uno, que la cabeza
dobla con honda tristeza,
pues vió su dulce morada
en tinieblas asaltada.
No pudo pedir socorro
porque el que ves en el corro,
al final, le amordazó,
y el dinero se llevó.
¡Tú le quitaste su ahorro!

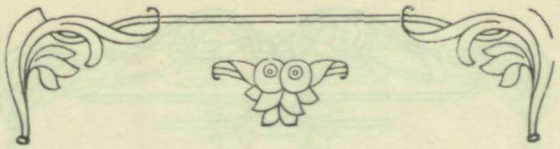
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



L

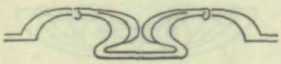
¿Ves aquellas cuencas hueras?
Nidos fueron de unos ojos,
que quitaban los enojos
en sus quince primaveras.
Su dueña danzó en las eras
en las noches de calor,
y el aire tronchó esta flor.
Por el huracán barrida,
en Dios al fin halló vida.
¡Tú le llevaste el honor!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



LI

Hecha ya la acusación,
de nuevo alzaron las lozas
y se lanzaron premiosas
por el negro escotillón:
todas juntas, en turbión,
ansiando hallar pronto ingreso,
chocando hueso con hueso
de las enjutas canillas,
con ruido como de astillas
o de cadenas de preso.

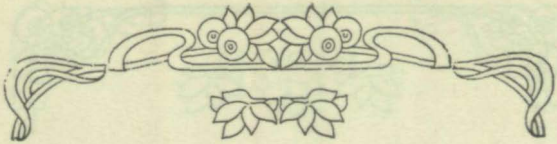


© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LII

La Noche, de sudor frío
cubierta, toda erizada,
con la mirada extraviada,
dijo: ¿será desvarío
de este loco pensar mío,
será ilusión o quimera,
será sombra pasajera
cuánto mis ojos miraron,
mis oídos escucharon
y mi espíritu sintiera?

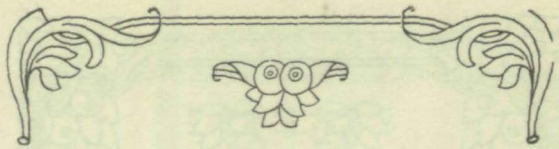
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



LIII

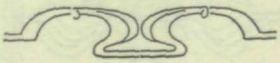
No creo que de otro mundo
vengan los muertos aquí:
y aunque esqueletos yo vi,
saliendo de lo profundo,
en mi parecer abundo:
sólo han sido sombras vanas;
sus voces, cual de campanas
que lejos dan su tañido,
de los sueños que he tenido
reminiscencias insanas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

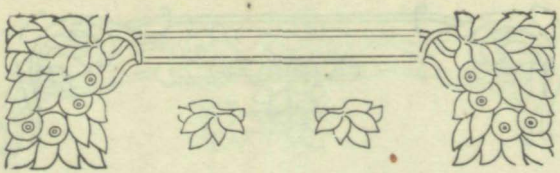


LIV

Más tranquila, por su frente
pasó la mano rugosa,
y con voz, ya cavernosa,
¡oh, Dios!, clamó; aquí presente!;
aunque a mi sombra la gente
perversa, contra tu pecho,
su puñal, de culpas hecho,
haya asestado, alevosa,
bién sabes Tú que llorosa
al criminal vi en acecho.

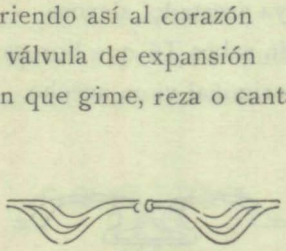


© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



LV

Al frente avanzó unos pasos
y se humilló ante el altar.
En cruz, con ansias de orar,
puso luego entrambos brazos.
Y aunque la pena sus lazos
le ha añudado a la garganta,
con ánimo los quebranta;
abriendo así al corazón
su válvula de expansión
con que gime, reza o canta.



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LVI

¡Señor! Por los que te olvidan:
por el ciego voluntario:
por los que sierpes a diario
en su corazón anidan:
por aquéllos que no cuidan
de podar sus ilusiones
cuando las ven por regiones
donde el viento airado muge,
al soberbio, loco empuje
del fuego de las pasiones.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LVII

Por cuántos ajenos viven
a lo que manda tu ley:
por los que forman tu grey
y en lupanares se exhiben:
por los que el aire reciben
de campos al sol abiertos
y bellas flores cubiertos,
que van tomando en la mano,
aun notando del gusano
los fríos despojos, yertos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LVIII

Por los que quieren gozar,
como ellos dicen, su vida,
y corren a toda brida,
sin detenerse a pensar,
que el continuo caminar
por las sendas del placer
al fin los lleva a caer
donde siempre lucen llamas,
que rojas ponen las camas
en que tristes han de arder.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LIX

Por los que sus redes tienden
a inocentes mariposas
y con luces engañosas
fácilmente las sorprenden:
por esos mismos que prenden
en ellas fuego de amor,
y de su incendio al rigor
pronto se ven las pavesas
volando hacia las dehesas,
cual hojas de mustia flor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LX

Por quiénes no han saboreado
tu vino, fuente de vida;
fuente que mana escondida
del seno de tu costado,
que la lanza ha traspasado;
y de donde, gota a gota,
por entre la carne rota,
el néctar se ve saliendo
y de continuo escurriendo,
pues nunca y jamás se agota.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LXI

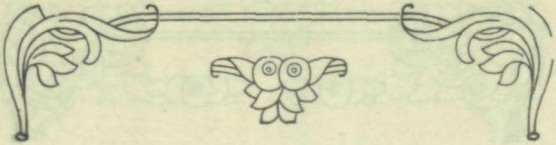
¡Señor! Por los que no quieren
seguirte: por los ingratos
que al mirar los malos tratos
que los sayones te infieren,
sólo un momento se duelen,
y vuelven luego a pecar,
sin pararse a meditar,
que la calle de Amargura
roja vió tu vestidura
por quererlos Tú salvar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LXII

Por todos ellos, Señor;
por cuántos aquí citados
(en verdad muy desgraciados
pues no saben de tu amor)
humillada y con fervor
van a Tí mis oraciones;
pidiendo que les perdones,
que tengas de ellos piedad,
y prendas por caridad
tu fuego en sus corazones.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



LXIII

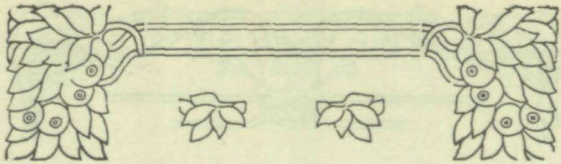
Gruesas lágrimas rodaron
por su rostro compungido,
que saltando del vestido
la dura piedra horadaron.
Y cuentan los que llegaron
por la mañana a rezar,
que absortos vieron flotar
una espina ensangrentada
en la perla liquidada
que el llanto vino a formar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LXIV

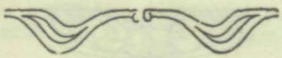
Luego que la Noche dió
a la pena su tributo,
(aunque siempre el alma en luto)
el presbiterio dejó:
y buscando, cerca halló
franco ingreso a una escalera,
que de insegura madera
subía, asaz atrevida,
a las paredes asida
de esbelta torre altanera.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



LXV

A tientas, del pasamano
con las suyas hizo presa,
temiendo en cada traviesa
los pies descansar en vano;
llegando, al fin, a un rellano
en cuyo techo dormía
la que es ya voz de alegría,
ya eco triste del pesar;
y a golpes la hizo cantar
para que anunciase el día.

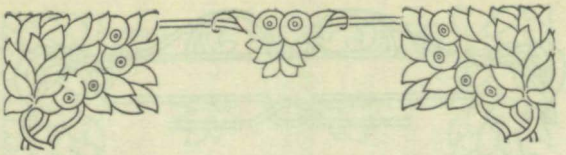


© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LXVI

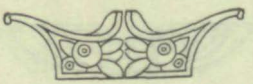
Apoyada en el balcón
de la torre, miró al cielo,
y roto observó su velo
por Oriente y Septentrión.
Inquieta con tal visión
juzgóse cara a la muerte;
y en tono robusto, fuerte,
expresó con libertad
su postrera voluntad,
dictándola de esta suerte.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



LXVII

¡Eh!; ¡oíd!
de una ciega,
que navega
mientras ruge, airado, el mar,
esta voz
con que os llama,
con que clama
cuando el buque va a encallar.

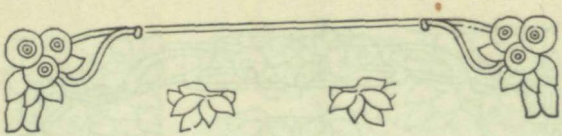


© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LXVIII

Siempre triste,
busca el cielo,
y el consuelo
se evapora; cual de flor
el perfume
va a la brisa,
que de prisa
lo dilata en derredor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



LXIX

¡Ay! que es pena
de llorar,
no mirar
de las flores los matices;
ni los prados
que se ufanan
y engalanan
con riquísimos tapices.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LXX

Sí; que es pena
dolorida,
en la vida
siempre a obscuras viaje hacer:
sólo efluvios
por la puerta,
medio abierta,
del oído recoger.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LXXI

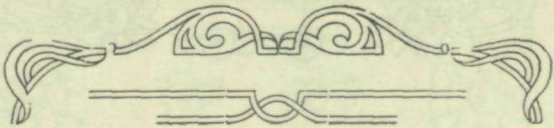
Pero arriba
con la mente,
diligente,
del Eterno voy en pos,
que los astros
son camino
peregrino
para el alma hallar a Dios.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LXXII

¡Eh! vosotros, que dormís
en lecho muy regalado;
los que en el campo esmaltado
el cuerpo al sueño rendís;
los que en vela persistís
cuidando al padre o amigo,
escuchad esto que os digo:
levantad los corazones,
enviad a lo alto oraciones
y a Dios bendecid conmigo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



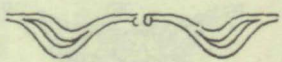
LXXIII

Despertáos para ver
como toda la natura
tiende al sol su vestidura
desde el claro amanecer;
dándonos así a entender
en una señal visible
(ya que hablar no le es posible)
que rinde gracias al cielo
con los bienes de este suelo;
que al favor no es insensible.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LXXIV

Hombres que pasáis la vida,
girando en un torbellino
que os ciega vuestro destino;
mujeres que por florida
senda, al abismo prendida,
corréis de la dicha en pos;
niños que soñáis con los
juegos propios de la edad,
¡del letargo despertad!
¡Cantad la gloria de Dios!

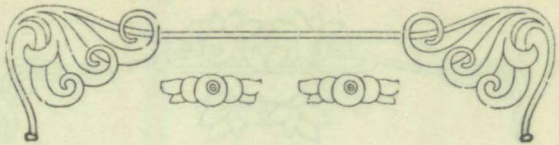


© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LXXV

¿Queréis ejemplo mejor?...
Ved las aves parlerillas
con sus bocas amarillas,
bendiciendo al Creador.
Mirad luego en derredor
y campos veréis de rosas,
que a Dios muestran jubilosas
sus túnicas de carmín,
como ofrece el Serafín
sus entrañas ardorosas.

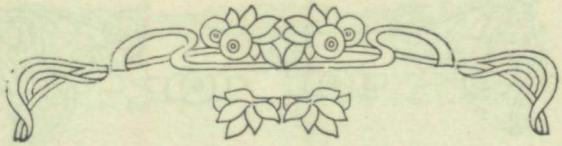
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



LXXVI

Observad cómo las fuentes
desde que despunta el día
rinden a Dios pleitesía,
perdiéndose en los torrentes.
Cómo salen diligentes
de bajo tierra los grillos,
rimando cantos sencillos
en honra al Supremo Ser.
Cómo lo dan a entender
con saltos los cervatillos.

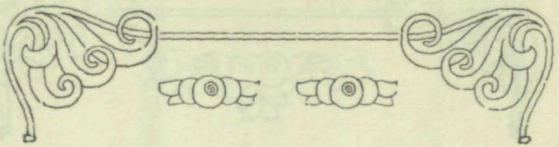
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



LXXVII

Cómo la mar se levanta
y estrellándose en las rocas,
por centenares de bocas
a su modo también canta.
Cómo su furia quebranta
y se retira y se aleja,
y tersa el cielo refleja,
o se convierte en vapor,
que, cual incienso, el Señor
en sus alcázares deja.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

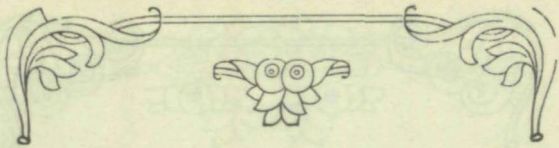


LXXVIII

Si con oídos no oís,
si con ojos no miráis,
si junto al volcán estáis
y su fuego no sentís,
si dentro no percibís
como os hierve el corazón,
queriendo hacer explosión
y remontarse a la altura...
¡Llorad vuestra desventura!
¡Temed de Dios la sanción!...

. . . . . .

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



LXXIX

Mariposas pareadas
que vagáis por los senderos;
diminutos vocingleros
de las cluecas erizadas;
abejas atareadas
en libar de flor en flor;
plantas que ansiando calor
soñáis con el claro día;
cáliz lleno de ambrosía...
¡Bendecid al Hacedor!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LXXX

Mujer que vas al molino,
así que hay lumbre en la sierra;
los que al alba abrís la tierra
para envidia del vecino;
cuántos emprendéis camino,
a la incierta claridad;
los que al sol, con libertad,
buscáis la senda florida,...
¡a Quién, amante, os da vida,
humildes glorificad!

. . . . . .

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LXXXI

Presa de gran emoción,
celajes vió en la alta esfera.
Y huyendo hacia la escalera
se hundió con resolución,
siguiendo la evolución,
a tientas, con los calcaños,
de los inciertos peldaños;
cual murciélago escondido,
que se cae, al ser herido
por resplandores extraños.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LXXXII

A la plaza, aun desierta,
salió con faz angustiada,
faz que a luz tornasolada
tomaba tintes de muerta.
Hizo un esfuerzo, pues yerta
se hallaba ya para andar.
Y obstinada en avanzar,
sin rumbo y a la ventura,
llevó al fin su desventura
bajo un robusto encinar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LXXXIII

Con el ramaje por techo
y, en la penumbra, escondida,
sobre hojarasca mullida
la Noche encontró su lecho.
Cruzó las manos al pecho
y sus ojos se cerraron.
Los céfiros la bañaron
con sus corrientes más suaves,
y, cantándole, las aves
el dulce sueño arrullaron.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LXXXIV

¡Duerme: sí! Duerme tranquila,
dando al cuerpo su reposo.
¡Duerme! que el sol, aun radioso,
aquí jamás encandila.
¡Duerme! en tanto que la esquila
del ganado de labor
resuene a tu alrededor.
Y cuando vuelvas del sueño,
pasa un ramo de beleño
por los ojos del Cantor.

FIN

Enero de 1927.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

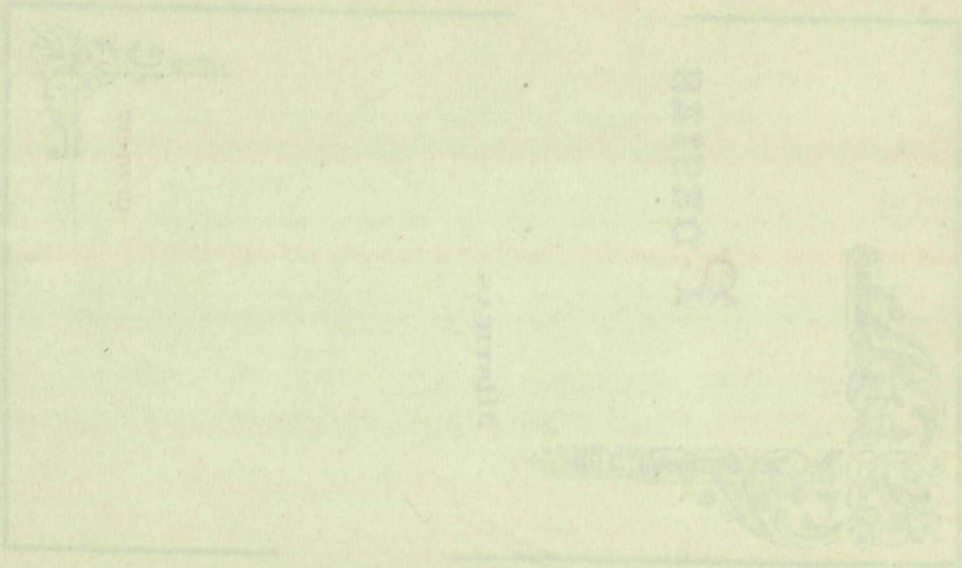
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Poesías

Místicas

1926-27

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ante un Crucifijo

Pendiente de esa cruz, y en agonía,
diste un beso al dolor ¡oh Varón fuerte!
Con sus crespones te envolvió la muerte,
y en ellos se envolvió la luz del día...

¡Ay! que yo, por tibieza, o cobardía,
bién poco te he mirado, exangüe, inerte!
A la tuya no quise unir mi suerte,
y mi alma, sin tu amor, quedóse fría.

. . . . . .

No penes más, que vuelto ya a tu lumbre,
soy como el ciego que a la luz despierta:
soy como el ave, que al hallar abierta

la red de su prisión, vuela a la cumbre.
Y aunque soy más que polvo, podredumbre,
confío en que me esperes a tu puerta.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A Cristo, camino del Calvàrio

Sobre obscuro tapiz, de culpas hecho,
va tu sangre tendiendo su color;
que el rescate del hombre, ya tu amor
no puede más sufrir dentro del pecho.

Agobiado te miro, en trance estrecho,
de la cruz bajo el peso abrumador;
y para alivio ¡ay, triste! a su rigor,
ves de tu Madre el corazón deshecho.

. . . . . .

Pára, pára un momento, peregrino,
que quiero contemplar tus ojos bellos
y leer en su fondo mi destino.

Deja que a impulsos de un amor divino,
alzando de tus sienes los cabellos,
mis labios, Jesús mío, ponga en ellos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ante el Santísimo Sacramento

Doblada la cerviz, arrodillado,
los ojos en el suelo;
sintiendo tu mirada tras el velo
do un misterio de amor está encerrado:
sueltas las fuentes de mi amargo duelo,
brotes de un corazón por Tí llagado...
¡Te alabo!... Te bendigo!...
Te engrandezco!... Te adoro!...

. . . . . .

Y al ver cuán grande es tu piedad conmigo,
busco en tu pecho, celestial abrigo;
y un rayo de tu amor, silente imploro,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A Jesús Sacramentado

Siento, divino Cordero,
tus balidos desde aquí.
Quisiera llegar a Tí;
más, me encuentro prisionero.
En mi pecho da certero
el dardo que me has lanzado.
Salta, presto, Tú el vallado
y rompe a golpes mi puerta,
que el alma la tengo alerta,
esperando ya al Amado.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ante Cristo

(Íntima)

¡Noche y día en tu presencia,
Señor, el alma llagada;
mirando siempre clavada
la espina de la conciencia!...
Siempre no, que tu clemencia
bálsamo vierte, divino,
sobre el borde purpurino
de herida que está sangrante;
y entonces el pecho amante
abre a sus perlas camino.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El alma, al divino Esposo

A tu mesa tomé asiento
y tu vino me ofreciste;
amor con él me serviste
y de ese amor me alimento.
Tal fineza me da aliento
para llamarte mi Esposo.
Y al ver ese rostro hermoso
tu vino así me enagena,
que a veces muero de pena,
y a veces muero de gozo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

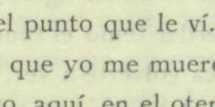
A Jesús, el alma enamorada

¿Dí, Amor, adonde te vas?
para seguirte los pasos;
pero afloja antes mis lazos
para no quedarme atrás.
¿Dí, Amor, adonde te vas?
con ese tu andar ligero,
que perder temo el sendero
y nunca volverte a ver.
No me dejes de atender,
pues de pena de amor muero.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Buscando el alma a Cristo

Por estos campos, perdida,
voy en busca de mi Amado,
que tengo el pecho llagado
desde que fué de partida.
Yo no sé si será vida
esto que pasa por mí
desde el punto que le ví.
Sólo sé que yo me muero
si presto, aquí, en el otero
no encuentro a Aquél que elegí.



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

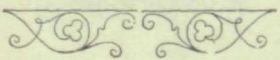
El extraviado, a Cristo

Vime en la noche perdido,
las tinieblas separando,
sobre guijos caminando,
y atento siempre el oído.
De pronto, escuché un silbido
y me cercó un resplandor;
y al mirar en derredor,
buscando ansioso el sendero,
encontréme prisionero
en las mallas de tu amor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

JESÚS, AL ALMA

Llego a tu puerta cansado,
pecador, ¡y no respondes!
y a mis ansias correspondes
con tu silencio obstinado.
¡Si supieras en qué estado
me encuentro de postración!...
Que me pesa el corazón,
de tus ofensas ya lleno,
y quiero ver si en tu seno
halla el triste compasión.



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A Cristo, Pastor divino

Soy oveja descarriada,
que me salí del aprisco
y balo de risco en risco,
contestando a tu llamada.
Deja por mí la manada,
que sangro ya de los piés,
y en la aflicción que me ves,
el alivio está en tus brazos:
ven, y pagaré tus pasos
con mis lágrimas, después.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A Cristo, sediento

Un vaso de agua, al pasar,
con tus labios me pediste;
pero nunca de él quisiste
su contenido gustar.
Y al querer escudriñar
lo que el vaso en sí tendría,
triste, vi la luz del día
por el cristal empañada,
y en el fondo retratada,
con su lepra, el alma mía.

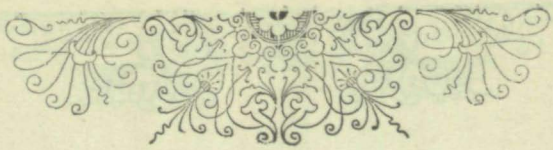
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Desolación

A Cristo

En el desierto del alma
las arenas recorrí,
y a lo lejos percibí
de un fresco oasis la palma.
Y me dije: ¡allá!... la calma;
¡aquí!... por siempre el tormento!...
Y al mirar tal desaliento,
con tu gracia me ayudaste
y al oasis me llevaste,
do a tu sombra hallé mi asiento.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



El alma, a Dios

De carmín tengo el semblante
al pensar que te ofendí
y en vil cisterna bebí,
aun teniéndote delante.
Tras mi pecho de diamante
luto verás y aflicción;
que no sería razón
conocer mis malos pasos
y abrir de nuevo los brazos
a denigrante pasión.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LÁGRIMAS

A Cristo

Llevo en los ojos dos fuentes
por si, deteniendo el paso,
ansiares llenar tu vaso
cuando rendido te asientes.
Y aunque sales licuescentes
les den ingrato sabor,
bebe de ellas con amor,
que es un producto escogido;
zumo, todo él, extraído
de la prensa del dolor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Penitente

El corazón exprimido,
cual uva dentro la prensa,
a lavar fuí con intensa
pena a tu arroyo escondido.
Púsele luego tendido
a un rayo de tu piedad.
Y fué tanta tu bondad
que en él todo un sol vertiste
y con aromas le ungiste,
aromas de caridad.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El pecador, a Cristo

Mirando el campo riente
con mil flores esmaltado,
en su alfombra recostado,
nunca al cielo alcé la frente.
Pero heriste de repente
con tu flecha mi interior;
y en la fragua del dolor
nuestras almas se fundieron,
y juntas luego bebieron
en la copa del amor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A Jesús

Apenas te conocí,
mis vestidos arrojé,
y desnudo me quedé
como el día en que nací.
Pero al punto percibí
sobre mi carne aterida
una corriente de vida;
y cubriendo mi pudor
tu vestidura mejor
al cuerpo la vi ceñida.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A Cristo crucificado

Puestos con pena mis ojos
en tus yertos miembros, fríos,
de livianos desvaríos
entreguéte los despojos.
Y para más tus enojos
justísimos aplacar,
me dí en seguida a buscar
un infeliz pordiosero
para quitarme el sombrero
y sus úlceras besar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El penitente, a Cristo

A tus piés estoy postrado,
con el dogal en el cuello:
fija en su nudo tu sello,
pues temo verme extraviado.
Que no es vano este cuidado
cuando sé por experiencia,
que es de barro mi conciencia
y se rompe al menor choque.
¡Ay! cuántas veces al toque
de mísera conveniencia!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Pidiendo a Dios ayuda

Defiéndeme del Dragón,
en cuya entreabierta boca
ve mi alma, de espanto loca,
la entrada de su mansión.
Ten de un triste compasión
y ven pronto en mi socorro;
que aunque a Tí con alas corro,
son alas éstas de cera,
y hay sol ardiente a la vera
del camino que recorro.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Dios, al alma presuntuosa

Quieres subir a la altura
y la humildad no es tu asiento:
edificio sin cimiento
tiene la muerte segura.
No añadas a tu estatura
lo que de Mí has recibido:
mira de dónde has venido,
si están tus plumas lavadas,
o algunas de ellas manchadas
con las miserias del nido.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

X Estación

De un Vía Crucis del autor.

(1911)

¡Perdón, mi Dios! Pecador
yo he sido ¡Triste de mí!
Y siempre lejos de Tí
no he gustado de tu amor.
Mirando estoy el rigor
con que tu Cuerpo llagado
de su veste han despojado...
Y aunque perdón no merezco,
por mis culpas hoy te ofrezco
lo mucho que te he costado.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XI. Estación

(Del propio Via Crucis)

¡Clavos!... dolores! las venas
de nuevo sangre arrojando!...
¡Tú, desnudo!... Tú, penando!...
por cargar culpas ajenas!...
A tu pecho me encadenas
con tu pasión, con tu celo.
Te amo, Jesús; y es mi anhelo
morar en tu corazón
y en esa dulce prisión
tener siempre mi consuelo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Epístola.

A mi hija Sor María Elena de Cristo,
Religiosa dominica de la Enseñanza.

I

¿Quién revivir hiciera las hermosas
flores que en tu cabeza se durmieron;
aquel blanco jazmín, aquellas rosas,
que puras manos con primor tejieron,
y colores y aromas ¡ay! perdieron
al triste despertar en frías losas?

2

¿Dónde has guardado, avara, la diadema
de punzantes espinas que elegiste?...
¿A qué vientos, con ánimo, esparciste
dorados bucles, del placer emblema?... (1)
¡Flores, espinas, bucles! ¡Un poema,
que en muy breves instantes escribiste!

. . . . . .

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

3

Y han pasado los meses y los años,
y nuevas rosas trajo cada Abril;
mas su perfume, envuelto en desengaños,
mas el eco del alma juvenil
no han impreso en la tuya amargos daños,
oculta siempre en tu albornoz monjil.

4

Que cerrada a la vida, al movimiento,
al rudo galopar de las pasiones,
tranquila, a Dios, tus puras oraciones
diriges desde el patio del Convento;
cual flor, que libre del adusto viento,
en aromas, a Él vuelve sus dones.

(1) Sabido es que a la Novicia, en la toma de hábito, se le corta la cabellera, después de haber elegido la corona de espinas en competencia con la de flores.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

5

Y aunque miras al cielo, como hiedra
te adhieres a los muros de esa Casa,
con la raíz mordiendo en piedra y piedra.
Y tal prisión tu espíritu no arredra,
que la bendices con amor sin tasa,
amor, que al ser verdad, ésta traspasa.

6

Amor, que en tus entrañas vive y arde;
y ya prende en el rostro placentero
del niño en tus caricias prisionero; (1)
ya se eleva hasta Dios, cuando a la tarde,
pasando tu mirada del Lucero,
le pides que en su Trono, allí, te aguarde.

(1) Sor María Elena está dedicada a la enseñanza de párvulos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

7

¡Todo en tu pecho es grande, todo hermoso!
Todo invita a pensar al hombre vano
que en ruín esquife, cruzando el oceano,
jamás halla un rincón a su reposo;
jamás un puro, delicado gozo,
que al doblar la cerviz mostrar en mano.

8

Tú, sí, los mostrarás cuando al fin seas
coronada de mirtos en el cielo;
cuando roto el cristal o tenue velo
del arca en que has guardado tus preseas,
en mano de los Ángeles las veas,
o esparcidas, brillando, por el suelo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

9

¡Cuánto no gozarás, en esperanza,
viéndote sobre las rutas celestiales,
siguiendo del Cordero las señales
que en el prado dejó por donde avanza,
o escuchando al Pastor cuando te lanza
su silbo envuelto en ansias paternales!

10

Y en el altar, el campo o la alta esfera,
doquier que pones la filial mirada,
allí le encuentra tu alma enamorada;
que la flecha de Dios vino certera,
y al tocar con tu pecho en su carrera
la punta de marfil dejó clavada.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

II

¿Dime, ángel terrenal, cuando sentiste
abrir tu corazón el dardo ardiente?
¿Cuando, niña, en mis brazos te dormiste
y entre sueños a Dios le sonreiste,...
o quizás cuando un beso dí en tu frente,
con toda el alma de un amor ferviente?...

12

¡Oh ilusiones, oh tiempos, oh memorias!;
fugaces ondas de sereno río!...
Fijar queriendo dichas transitorias
hueco les señalé en un libro mío,
que cerrado, ha ya fecha, tiene el frío
de las heladas losas mortuorias.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

13

Y ese libro, en su página primera,
grabado tiene un nombre que yo adoro,
nombre que balbució tu pico de oro,
allá, desde la tierna primavera,
y que repetirás, cuando yo muera,
entre sollozos de tu triste lloro.

. . . . . .

14

¡Las rosas te besaron, al nacer!
en la siguiente página escribía...
Y sus pétalos, frescos todavía,
que te dan un perenne amanecer,
memorando están siempre el fausto día
perdido entre las sombras del ayer.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

15

¡Ay! recuerdos! ¡Ay! vida!... Aquellos rizos
que en tu cuello de cisne se enredaban,
y a veces, en sus giros, ocultaban
tus ojuelos, del aire asustadizos!...
¿Y los brazos que amantes te estrechaban
de una madre, que bebe en tus hechizos!...

. . . . . .

16

Pero, ¿a qué navegar en el pasado
si es don de Dios venido el don presente;
si de continuo veo orlar tu frente
la corona de Esposa que te ha dado,
corona del Esposo enamorado
que, al regalarla, dice lo que siente?...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

17

¡Adiós! Hija del alma! Aquí termino.
Cuando al Esposo tengas en el pecho
y entiendas que se encuentra satisfecho
de verte con fervor en su camino,
pídele, que al llegar el trance estrecho
la puerta me abra al celestial destino.

Marzo de 1927.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

POESÍAS

VARIAS.

1925-27

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

PERSPECTIVAS

¡Cuánta lágrima perdida,
mi Dios, en este destierro!
¡Cuánta ilusión, cuánto yerro,
cuánta vileza escondida!...
¡Qué de afanes en la vida
por una sombra fugaz!...
¡Cuánta virtud en agraz
picada de las abejas!...
¡Qué de flores en las rejas,
y qué de espinas detrás!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Auras

A mi distinguido y querido amigo
D. Santiago Beyro y Martín.

Venid corriendo,
auras del bosque, halagadoras.
¡Ved cómo estoy sufriendo!
¡Cuál pasan junto a mí, lentas, las horas!

. . . . . .

Venid alígeras; venid en carros de oro,
con los perfumes de la virgen selva.
Desprended de la umbrosa madreselva
el arpa adormecida.
Cantad, a coro,
tristes endechas para un alma herida...
Y al punto renacer veré mi vida.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡SURSUM CORDA!

Después de leer la poesía "Auras" que me dedica mi querido amigo D. Ramón de Ascanio y León.

Van a tí perfumadas
las dulces auras del vecino monte.
Son de Dios inspiradas
para el que sufre su penar afronte.

. . . . . .

Van de gracias henchidas...
Dios galardona al que su Cruz abraza;
y a su Divino Corazón enlaza
las almas redimidas
que le siguen amantes y sufridas.
¡Vida, consuelo es de nuestras vidas!

Santiago Beyro y Martín

Octubre 20 de 1926.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A la Monarquía

Faro en la historia de la patria mía;
roca do insiste el secular cimiento;
lago en que duerme sosegado el viento,
recibe esta mi ofrenda, en pleitesía.

Por tí el nombre a la Fama dió Pavía;
Colón alzó a la idea un monumento;
clara brilló del sol la luz en Trento,
y lauros alcanzó la poesía.

Árbol fuiste en los siglos, vigoroso.
Tus raíces el tiempo ha descarnado;
mas son de firme acero laminado,

que al huracán responde victorioso.
Y aunque en la brega ramas has dejado,
con hojas verdes hoy luces pomposo.

Mayo 17 de 1927.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

En el Instituto de Canarias

Emociones

(Recordando a mi muy querido amigo D. Adolfo Cabrera-Pinto.)

Opreso el corazón, volví a pisar
las losas, con los años, carcomidas;
miré las flores por el sol heridas;
miré la juventud en su vagar.

Internéme en los claustros al azar,
buscando las esencias desprendidas
de las cosas a Él por siempre unidas;
viéndole en sombra junto a mí cruzar.

La sombra se alejó. El pensamiento,
en pos de ella, salvando el mar canoro,
del Betis a la orilla tomó asiento.

Y el espejo del líquido elemento
ver le dejó en la Torre, que alzó el moro,
la faz del Director, con nimbos de oro. (1)

(1) El Sr. Cabrera-Pinto, Director que fué del Instituto de Canarias, residía a la sazón en Sevilla, frente a la «Torre del Oro».

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A Franco

Cruzaste el cielo en aire de aventura.
Émulo de Colón, fuiste a la Gloria.
Con el suyo, tu nombre irá a la Historia,
en el mármol grabado, en roca dura.

De Palos al Brasil, tomando altura,
seguiste con valor la trayectoria.
Y para hacer eterna su memoria
firmaste sobre el Plata la escritura.

Cansado de volar, posaste en tierra
(dando término honroso a la jornada)
la planta de la Patria idolatrada.

Y al verse cuánto grande el hecho encierra,
un ¡viva! resonó dentro la rada,
que en la lengua del eco fué a la sierra.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Al Drago de Icod

Cuando niño busqué en tus hojas muertas,
de flores mustias las redondas bayas.
Hoy, de lejos, te canto porque hayas
tus sienes visto de laurel cubiertas.

Que hoy parece revives y despiertas!
que nuevo aliento en adquirir te ensayas!;
alta empresa en la cual, si no desmayas,
siglos alcanzarás y glorias ciertas.

. . . . . .

Abre al día esos ojos, ya resecos;
no más en sangre tus espaldas tiñas;
guarda esencia vital en hondos huecos;

embriáguete el licor de añejas viñas,
y ruede esa tu voz por las campiñas
desde el Teide hasta el mar en roncos ecos.

(Soneto escrito para leerse durante la fiesta, que en la Ciudad de Icod, patria del autor, se celebró en Septiembre de 1925, con el fin de exaltar al Drago milenario.)

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Elegía

Al Iltmo. y Rvdmo. Dr. Fr. Albino G. Menéndez-Reigada, Obispo de Tenerife, en testimonio del más filial afecto.

Mirad: el purpurino
fulgor del astro que los cielos huella,
tinte muestra opalino.
Es que llora el rigor con que el Destino
cabe el tallo dobló la flor más bella.

Seca ¡ay! dejó la fuente;
rota la vestidura de la aurora;
sin trinos el ambiente...
Volcó la Noche sobre el claro Oriente,
y a las tinieblas dijo: ya es tu hora...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Llorad, que viene yerta,
sobre negro crespón, en dura tabla.
¡Llamadla!... No despierta!...
Cayó de golpe la pesada puerta
y la niña, con Dios, ya sólo habla.

¡Oh muerte fementida!
¡Oh guadaña, de larga curvatura,
que a tus dientes asida,
al morder en la mies que está vencida,
te llevas la que verde es su envoltura!

¡Quién, absorto, mirara
rica en aljófar esta flor gentil:
quién, gozoso, aspirara
la esencia que a los cielos envïara,
y no llore al juzgarla polvo vil!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El aquilón airado
no respetó el verdor, la lozanía
del coto regalado:
sus bridones lanzó desde el collado
y sólo ruinas vió la luz del día.

Ruinas sobre qué vierte
toda su pena el corazón de un padre!
Ruinas en que a la muerte,
como pantera, aún, con garra fuerte,
disputando la presa está ¡la madre!
. . . . . .

¡Y todo se acabó!...
Salió enlutado el bajel a la mar.
Grave y triste se oyó
un canto que en las almas se alojó.
Y el viento al barco lo empezó a empujar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¿Adonde irá? Qué ruta
dibujará su prora, ya deshecha?...
Dentro escombrera hirsuta
abrirá con la quilla una honda gruta
y amistad con gusanos hará estrecha.
. . . . . .

Entre ansias el piloto
la vida pudo hurtar a la borrasca.
En su angustia hizo voto,
y a cumplirlo se fué a lugar ignoto,
que cerró con su llave la nevasca.

Mas, ya sospecho adonde.
Dónde, libre del cierzo, el jazmín crece;
dó la pena se esconde;
dó a la tristeza el eco no responde,
ni el espino en su vara se florece.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Dónde, de gracias llena,
la Virgen, siempre pura, sin mancilla,
le tiende al alma buena,
que ansía, desde el mar, verse en la arena,
su mano, con amor, desde la orilla.

Dónde, en prados lucientes,
tapizados de fúlgidas estrellas,
surcados de corrientes
que fluyen siempre de sonoras fuentes,
lloviendo de continuo flores bellas,

Pasean su hermosura
las que en la vida fueron blanco lirio,
diamante que fulgura,
cauce abierto en roca a la amargura,
destello divinal en casto cirio.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Allí la niña vive:
allí forma en las huestes del Amado:
allí su luz recibe:
allí muere de amor y siempre vive,
y lecho encuentra siempre en su Costado.

Mayo 29 de 1927.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Dies Iræ

Poesía modernista

(Ensayo)

¡Ahí viene!...
Negro ataúd
se acerca silencioso!
Templad bien el laúd;
¡romped en llanto!
Y el camino al reposo
eterno,
o bien al sigiloso
puente que conduce hasta el averno,
regadlo y que se forme extenso manto.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Regadlo, sí, con lágrimas;
rasgad las vestiduras,
espigad en los campos,
coged flores,
cortad los tiernos ramos,
y tomad de la tierra
un puñado
que arrojar en la abierta sepultura!

Y volviendo a la niña,
que niña era, y en sus quince Abriles,
la que dulce, tranquila dormitaba
bajo techo de tablas,
bajo negros, tristísimos crespones;
niña que en vida ató mil corazones
a las pestañas de sus negros ojos,
a la movible puerta

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de sus labios, sin tinte,
siempre rojos;
al mirarla pasar en esa forma,
durmiendo, sin saber donde dormía,
yerta y helada,
cuando el sol las arenas derretía,
mi corazón detúvose un momento,
y casi falto de aliento,
creí que en aquel punto me moría.

Y el cortejo enlutado
seguía desmayado
recorriendo la vía,
en que veces tántas,
pensando en su destino el pié pondría.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Pensando ha de venir,
rudo, el momento
en que el alma, del cuerpo
se quiera despedir.
En que le diga: «¡adiós!; me ausento!
Queda ahí confinado,
vil escoria
manchada de pecado,
extraída del polvo,
al polvo vuelta;
que yo, despejando la puerta,
tomo del más allá la trayectoria.»

Pensando en ello
bajé los tristes ojos
y en silencio seguí a la niña muerta,
a sus pobres, misérrimos despojos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Y al alzarlos de nuevo,
noté junto a las flores,
que manos temblorosas
al féretro, con lágrimas, prendieron,
un par de mariposas,
con sus vivos colores,
buscando el néctar en los mustios cálices,
que al cielo despedían sus olores.
Siempre juntas,
gozando placenteras de esta vida,
breve, fugaz;
amándose sin tasa, ni medida,
que el sol en un instante
a las dos las sacó de larva obscura,
y tonos y colores
puso en sus alas
para envidia
de la mujer, que en busca de hermosura,
su cuerpo adorna con las ricas galas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Y en el silencio de la tarde triste
sus voces claramente percibía,
y entendí que a la una la otra decía:
—Sabes tú, por ventura,
quién es la que se encierra
en esta caja, que crespones viste?
—No sabes? Cuerpo es de ella,
de la que siempre en los senderos
veíamos cruzar
mirando al cielo;
de la que en sus mejillas ostentaba
las rosas de la tierra,
estas rosas sencillas,
al vendaval abiertas,
de matutino aljófar recubiertas.
—¡Ah! sí!... pobre, humildísima violeta!
—Verde tallo florido.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Brisa suave.
—Canto dulce del ave.
—Pecho de serafín enardecido
que vive en las alturas.
—Por eso la llamaron:
por eso, presurosa,
dejó patria y familia y amadores,
y en busca fué de eternos resplandores.
—Dichosa, sí, dichosa!

Nada más percibí de los secretos
que las dos, revoleando, se confiaron.
De pronto, rasgó el aire
una voz ronca,
voz tonante,
voz que ya se exaltaba,
ya, triste, se dormía;

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bien trepaba una cuesta, jadeante;
ya en tono crepitante
rodaba a lo profundo del abismo,
y allí se revolvía,
y resoplaba,
y en los antros obscuros
semejaba el fragor de un cataclismo.
Las voces a las voces se llamaban;
una nota en la otra se embebía,
y el dedo del silencio las callaba.
A veces por las playas se tendían,
y bordando de encajes
los tonos con que afectos expresaban,
más adentro en el pecho penetraban.
Y las alas del alma,
que dormidas
sostiene el corazón,
siempre extendidas,
perdían con pavor la dulce calma.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

También en ocasiones,
cantando el Dies Irë,
las cristalinas rocas arañaban,
o alzando la melena
rugían, cual león;
y en el hombre, que a suerte,
echaba el día de su triste muerte,
clavaban del halcón
la garra fuerte.
¡Ay! tronaban:
el día del Señor se encuentra cerca,
el día en que los astros se conmuevan
y los ejes del mundo,
fuera ya de su centro,
rueden en confusión hasta el profundo.
Día tremendo,
de gran tribulación,
en que la tierra
por el hombre pisada,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

no más en sus entrañas llevar quiera
el polvo de la carne putrefacta
y en las manos de Dios
lo ponga, airada!...

Así, de esta manera caminando,
ora atento el oído
a lo que las mariposas se contaban;
ora escuchando,
de la Iglesia,
el imponente, grave canto,
llegamos a las tapias del lugar
dónde toda grandeza,
por fuerte que se juzgue, se disuelve:
dónde, cuánto fué polvo,
al polvo vuelve.

. . . . . .

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El cuerpo fué a la fosa.
La niña recibió cabe su rostro,
de la tierra sagrada,
la primera, terrible paletada.
Como ofrenda las rosas
sus pétalos la dieron.
Con polvo de sus alas la bañaron
las tiernas mariposas;
y en secreto diciéndose mil cosas
raudas por el campo se alejaron.

Nota.—Estas dos poesías, inspiradas en el mismo asunto, han tenido una gestación, de que creemos opor-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tuno tomar nota. Desde luego, quisimos, por hábito, plasmar la idea dentro de las normas y cánones de la poesía clásica. La inspiración no acudió y nos dimos por vencidos. Mas, de pronto, ocurriósenos escribir algo, saltando por aquellas normas, y amparándonos de la libertad que ofrece la poesía modernista; viendo con sorpresa, que deslizándose la pluma velozmente sobre el papel, nos dió en dos sesiones lo que, bajo el título de Dies Iræ, aparece en las precedentes líneas, casi en los propios términos que salió de la fragua.

Breves días después, volvimos sobre el tema, teniendo la suerte de que la inspiración respondiese al llamamiento y con relativa facilidad nos proporcionara la «Elegía» que acabamos de ofrecer al público, mas no, sin antes someterla a intenso trabajo de lima.

¿Comentarios?...

A. M. D. G.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

INDICE

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

PÁGINAS

Dedicatoria	5
LA NOCHE: poema	7
POESÍAS MÍSTICAS	99
Sonetos, Canción, Décimas.	101 a 124
Epístola. A mi hija Sor María Elena de Cristo.	125
POESÍAS VARIAS	135
Perspectivas.	137
Auras	138
¡Sursum Corda!	139
A la Monarquía	140
En el Instituto de Canarias	141
A Franco	142
Al Drago de Icod	143
Elegía	145
Dies Irë	151

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ACABÓSE
DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE
SUCESOR DE M. CURBELO
LAGUNA DE TENERIFE
EL 4 DE JUNIO
DE 1927.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009